

La novela proletaria

25
CTS



mi
dama
y mi star

Ayuntamiento de Madrid

LA NOVELA PROLETARIA

PUBLICACION SEMANAL

Director: ALFONSO MARTINEZ CARRASCO

Año I

27 de Mayo de 1932

Núm. 5

MI DAMA Y MI "STAR"

NOVELERIA

de

ANGEL SAMBLANCAT

Portada de GUY



EDICIONES LIBERTAD

Calle de Roma, 41
MADRID

LA NOVELA PROLETARIA

ha publicado los siguientes números, que servirá a los corresponsales:

Sindicalista de acción, por Augusto Vivero.

Una pedrada a la Virgen, por J. Antonio Balbontín.

Las ánimas benditas, por Eduardo Barriobero.

La caída del dictador, por Angel Pestaña.

Mi dama y mi «star», por Angel Samblancat.

El próximo número se titulará

¡ Pero mató a un burgués!

por

ALFONSO MARTINEZ CARRASCO

Imprenta Campos (hijos).—Castelar, 30, Madrid.

Mi dama y mi “Star”

I

Un hombrecito

Lo era ya Pablín un hombrecito, todo un hombrecito, aunque acababa de mudar la voz y apenas le apuntaba el bozo.

En las ciudades y en los centros industriales, la planta humana se desarrolla precozmente, prematuramente.

Y del árbol de la personalidad, la rama que primero se destaca y siente más pronto el cosquilleo de la vida es el sexo.

Ello ocurre porque en la vía cosmopolita y en la calle metropolitana todo le da a esta parte del cuerpo calor, todo constituye para ella riego y abono.

Y, es claro, crece como un vegetal en el trópico, se abre como una rosa temprana y madura como un fruto en una estufa.

A los siete años sabía Pablín ya que los nenes no vienen de París, ni se los encuentran los padres debajo de una col, como le aseguraban los suyos que había acontecido con él.

Los hijos son fruto del amor de las mujeres y los hombres, y no conviene arrimarse mucho a las zagalas, porque la cosa luego trae consecuencias.

Hay criatura de esas que llevan faldas tan desventurada, que sólo con mirarla, que sólo con ver los pantalones de un hombre, concibe, no por obra de varón, sino como por obra y gracia del Espíritu Santo, al modo de la Virgen María.

La imagen que refleja su retina se la bebe su garganta con avidez y se hace en seguida carne en sus entrañas.

Y si eso sucede con la mirada solamente, ¿qué ocurrirá con la palabra y con el abrazo y con el beso?

Ya se sabe lo que sucede. Galantear y cortejar doncellas, ir con ellas al baile, al cine o de campo, es sembrar chicos a voleo.

Es cumplir el precepto de Jehová, que, al principio del mundo, mandó a la humana pareja que po-

blara las pampas dilatadas y cubriera el desierto de tiendas y de caravanas de camellos.

Desde el día después de nacer, tuvo Pablín vago husmo y cataminto de estas verdades.

Hijo de parias, se educó en la calle, en la Universidad del universo.

Y si en la barraca en que se amontonaban no hubiese visto agrupados—grupa con grupa—a sus padres mil veces, trabajando por la inextinción del linaje de Adán, los inverecundos ayuntamientos de los perros en las esquinas le habrían revelado los más arcanos secretos biológicos.

El caso es que Pablín, a los ocho o nueve años, ya sofaldaba a las muchachas y las arrinconaba detrás de las puertas y celebraba con ellas misteriosas interviús en el fondo de los patios.

Y cuando no era él el que las remangaba y las urgaba en el cogollo, eran ellas las que le desabrochaban los pantalones y las que se alistaban bajo la bandera de su camisa.

Miedo, escrúpulos, preocupaciones, no los sintieron y experimentaron jamás él y sus cómplices o colaboradoras.

No quitaban nada a nadie. No se hacían daño a sí mismos; antes bien, se proporcionaban un deleite glorioso.

No había que contar con los demás para disponer de lo propio.

Los padres estaban sudando como mulas en la fábrica y los habían echado al mundo como quien defeca.

Del cretino que los embrutecía en la escuela, y trataba de castrarlos y hacerlos eunucos como él, se reían las tripas.

A los guardias, que los mataran a todos.

A las viejas morrales, a quienes los años habían vuelto morales a la fuerza, que les diesen morcilla.

¡ Viva la libertad ! ¡ Viva el amor !

Pablín quería tanto a las chicas, que no comprendía su cuerpo más que abotonado al propio, ceñido al de él por un mismo cinturón.

Quería tanto a las pobrecitas de su alma, que no se encontraba bien más que inmerso en el baño de luz de sus ojos.

Todas le parecían sus novias y a todas les hubiera deseado entrar fundido y derretido en las venas.

Que ellas lo exprimiesen como una uva, como un limón; que ellas se lo comieran y se lo bebieran, constituya su mayor gloria.

El era su hostia, su comunión. Amortajado en su sangre, era como anhelaba descansar para siempre.

No asombrará que con este bagaje sentimental o

sensorial, doblada o colmada apenas la docena de primaveras de edad, hubiera que aplicarle a Pablín cierta clase de inyecciones que no hay que nombrar y que se designan con un capicúa.

II

Otras líneas de la fisonomías del «andova»

Con el apunte que acabamos de esbozar, no habréis podido formaros una idea exacta de nuestro héroe.

Cuatro pinceladas más, cuatro golpes de brocha dados de cualquier modo, aunque sea como escobazos, completarán el retrato que estamos tratando de aflorar, de diseñar con trazo incorrecto.

Pablín, aunque nacido a orillas del Mediterráneo azul, del lago clásico, no tenía la serenidad de éste.

Era hombre del Sur.

Era un meridional. Era un moro, un bereber, un hijo de Africa, perdido aquí en el flujo y reflujo de las invasiones.

Tenía, por consiguiente, en las venas pólvora inflamable; corría por ellas lava ardiente.

Era soñador, imaginativo, sensitivo, impulsivo.

Estaba planeando siempre aventuras. Su voluntad se disparaba como un revólver hacia los objetivos que le ofrecía la inteligencia, y sus resoluciones volaban al blanco como balas.

El vecindario estaba alarmado con sus diabluras.

Rompía a pedradas las farolas del alumbrado y las vidrieras de los escaparates de los mercaderes.

Son unos ladrones—pensaba, y con lo que roban ya pueden reponerlas.

Cuando veía una jaula, con un pajarillo dentro, colgada de una ventana o de un balcón, no paraba hasta que gateando por la fachada, trepando por la atarjea o por donde podía, llegaba a la meta y daba libertad al cautivo.

Si alguna comadre protestaba o le reprendía, replicaba el chaval con el morrito muy tieso:

—¿Qué pasa? A usted no le gustaría estar entre rejas, ¿verdad? Pues lo que no quieras para tí...

Y si insistían, las insultaba:

—¿Pues no es más digna de estar usted en una jaula, loro?

Otra ralea por quien Pablín sentía fobia, eran las beatas.

Decía que es ganado éste que huele muy mal, porque no se lava, y, para desinfectarlo, le propinaba él frecuentes duchas.

Operaba el rapaz del siguiente modo.

En la plaza de la iglesia había una fuente, y cuando el mujerío mojigato iba a misa, Pablín soltaba el agua, y, regulando el chorro con el dedo, la enviava en surtidor a sus enemigos y les pegaba un baño.

Las estropajosas, a quienes el sólo recuerdo del elemento líquido acatarraba, a quienes la irrigación y el jeringazo ponían a parir, cacareaban como gallináceas y amenazaban al perillán con el infierno.

—Mejor se estará allí que en la gloria al lado vuestro—les contestaba Pablín—. Mi trasero es menos indecente que vuestra cara, lechuzas. ¡Feas! ¡Hórridas! ¡Triple feas!

—Este chavea—decía la gente que le conocía y estaba enterada de sus proezas y desplantes—, para ser hijo de un trabajador, tiene demasiado genio. No se le encoge la nariz por nada. O será un santo o un bandido. Para santo no va. Pues por fuerza ha de tener mal fin. Acabará en el palo.

A su padre le habían llamado los vecinos varias veces la atención.

—¿Por qué no le castigas?—le decían.

—Yo no cometo la cobardía de pegar a un niño—respondía el padre—. Corríjanlo ustedes.

—No nos atrevemos. Nos fríe a chascos y descargos. Con un tirador de goma les dispara a los gatos

perdigonadas. Nos tiene negros. ¿Por qué no lo entregas al Tribunal de menores? Enciérralo en un asilo.

—¿Encerrarlo? ¡Ah! No. Estuve en la perrera unas horas, en cierta ocasión, y sé el rancho que allí se come. ¿Yo ser el carcelero de mi hijo? Primero le mato. Primero me mato.

III

El padrino del nene

Las ideas diabólicas de que Pablín tenía poblada la cabeza y que dentro de ella zumbaban como un enjambre de abejas, no le venían en línea recta de sus mayores; no procedían, sobre todo, de su inmediato ascendiente, que tenía la guardilla de su casa desequipada y desamueblada y en el mayor de los destartalamientos.

La independencía de su espíritu y de su carácter se los debía al arroyo, en cuyo regazo se había mecido su infancia, sin que otro seno maternal que ese y el de sus novias lo hubiera acogido.

La autora de sus días trabajaba, como el cómplice, en la fábrica, y no había hecho más que alumbrar a los hijos. Criarlos los crió con leche de lata.

Por dos pesetas semanales se los cuidaba una vieja semiciega, retirada de la hilatura y más falta de vigilancia que sus pupilos, y no se comprendía cómo pudieron campar. Milagro verdaderamente fué.

Lo cierto es que Pablín allí estaba, hecho un jabo y dando más que hacer que Al Capone.

A nuestro pequeño facineroso lo había amaestrado su padrino. Y no es que estuviera bautizado. No hubo para ello tiempo ni dinero. El clero, para evitar el escándalo, prometió hacerlo gratis y hasta sableó al efecto a varias señoras. Pero de ahí el laudable propósito no pasó. El clero no está para mogangas que no son productivas.

Pablín tenía por su padrino, o así llamaba al menos al Lolo, un zapatero muy célebre, con quien nuestro héroe trabó relación en las siguientes curiosas circunstancias.

Desencadenóse un conflicto de trabajo en la colonia en que los padres de Pablín lucraban el pan.

Pretextando una fuerte crisis en el mercado de los tejidos de algodón, se quiso en la fábrica reducir los salarios de los obreros en una tercera parte.

Las tejedoras abandonaron los telares en señal de protesta, y entre ellas la madre y la hermana de Pablín. El padre, que era sereno de la fábrica, también dejó el chuzo.

Las hostilidades duraron seis meses, y los hijos de los huelguistas, que se morían de hambre, hubieron de ser repartidos entre los obreros de otros oficios que quisieron encargarse de alguno de ellos.

Pablín le tocó al Lolo. Pablín era un grandullón, al que repetidas veces se había intentado domesticar, amarrándolo al grillete de una máquina o de una obligación, y siempre se había fracasado en la empresa.

En casa del Lolo estuvo el zagal cuatro meses como el pez en el agua, como una mosca en una compotera.

No faltaba qué comer. Se levantaba a la hora que quería. Y, sobre todo, no le obligaban a apencar. Pablín hizo con su protector las mejores migas. En la zapatería se estaba cebando.

Así que tuvo un disgusto grande cuando se acabó la huelga.

El Lolo llamó al chaval y le dijo:

—Oye, barbián. En la colonia se han reanudado las actividades. Los galeotes vuelven vencidos al remo. Mejor, porque eso despertará o avivará su rebeldía. Las victorias parciales enervan y adormecen a los esclavos. No ha de haber tregua con el capital. El duelo es a muerte. Mira, chico. En tu casa te esperan. Toma este par de zapatos que te he he-

cho para tí. Y ahí va esa pistola para tu padre; para que no te vuelva a mandar por el mundo a comer, cuando haya otra huelga.

Y el zapatero puso en manos de Pablo lo que le decía.

IV

Florero de virtud

El Lolo pasaba en el suburbio por un ogro empedernido en el celibato.

No se relacionaba apenas con nadie. Con la clientela no cruzaba más que las palabras justas, las que requerían los servicios de la profesión de que vivía.

Más de una vez, muchachas coquetas habían ido a embromarle y a probar si lo encalabrinaban.

No era viejo. Andaba por los cuarenta y cinco, pero se conservaba muy bien. Llevaba una vida muy ordenada y se le suponía con gato de doblas bastante considerable.

Las mujeres que siempre van a la caza de solteros en situación de acoyundar, rondaban la tienda del zapatero para ver si lo entrampillaban.

Ahora llegaba una a que le lustrase el calzado, sin quitárselo, por supuesto, de los lindos pies.

Más tarde venía otra a que le tomase las medidas para hacerle unos zapatitos de tafilete.

Y en una y otra operación las pacientes se dormían.

Estiraban las pantorrillas, invitando al maestro a admirar su contorno.

Se subían la falda hasta las rodillas, hasta el pernil, y le frotaban al del tirapié por las narices la propia manzana de Eva.

Pero Adán, hecho un marmolillo, no le metía el diente al fruto vedado. El pez no picaba, no se tragaba el anzuelo.

Y es que el Lolo, a este respecto, tenía sus ideas.

No creía en los hombres sensuales. En el molino de sus muslos tritura la mujer nuestra virilidad. Y cuando nos ha arrugado, cuando nos ha convertido en un trapo, en un guñapo, nos da un hijo para que otra maldecida serpiente haga lo mismo con el fruto de nuestra lujuria.

Hay que preservarse de la mujer como de un veneno, pensaba el Lolo. Hay que reservarse para el pensamiento, para la acción, para la creación espiritual. Sobran esclavos y faltan héroes.

Al Lolo no lo señoreaba ninguna pasión, no lo dominaba ningún vicio.

Era abstemio. No fumaba. No jugaba. Era vegetariano. Vivía de raíces y de hierbas.

No se encanallaba leyendo periódicos. Observaba y rumiaba mucho y sólo de cuando en cuando hojeaba algún libro.

La prosa y la pose de los oradores le daba también vómito.

Su teoría en filosofía y en literatura era que ya estaba dicho y escrito todo; que lo que hacía falta ahora era actuar.

Conservaba alguna fe en los individuos; en las muchedumbres la había perdido toda.

Los pueblos son rebaños llevados siempre al desolladero a toque de esquilón.

Se le sabía tan misántropo y tan bilioso, que decían que, cuando cortaba la suela, se imaginaba que yugulaba burgueses, y, cuando martillaba un tacón, lo hacía con tal voluptuosidad, que parecía que machacaba cabezas de tirano.

V

Mi dama y mi «pipa»

A los cuatro días de reintegrado a su hogar, volvió Fablín, muerto de hambre, a casa del Lolo.

—Buenas, padrino.

—¡Hola, galán! ¿Qué viento te trae por aquí?

—En primer lugar, deme algo qué comer, porque si no, me tumbo la cazuela del engrudo.

—Mira, ahí tienes mi merienda. Cabalmente yo hoy no gasto gana. No te precipites, hombre.

—Tengo un hambre de lobo.

—Mastica lo que deglutes, que vas a pillar un empacho y luego será peor.

—Pero si desde que me fuí de aquí no he probado bocado.

—¿Y eso?

—¿No sabe lo que ocurre? En la fábrica están seleccionando el personal y no readmiten más que el que les conviene.

—«¡Voe victis!»

—Han hecho una lista negra de los rebeldes y otra de los caducos, y a estos últimos los saldan, y a los primeros les declaran el pacto del hambre.

—Y bien.

—Pues que a mi padre y mi madre les ha tocado la china.

—La fábrica les ha enjugado ya el músculo, y ahora que están a las puertas de la vejez, que no les queda una gota de mantequilla que exprimirles, los tiran a la basura como un raspajo.

—¿Qué hacer?

—¿No le diste a tu padre la pistola que le envié?

—Sí. Pero ¿sabe qué me contestó? Que él es un hombre honrado, que él no es un asesino.

—¿Y el patrón puede escabecharos a mansalva, verdad? ¡Maldita sea! Pues la solución y la salvación están ahí, y nada más que ahí; no hay que darle vueltas.

—Usted aún no sabe lo peor.

—¿Qué es?

—Esta mañana le han pegado una paliza a Felisa sus compañeras.

—¿Por qué?

—No me atrevo a decirlo.

—Canta o te zurro. No seas baldragas. Un hombre no ha de tener miedo a la verdad.

—Al dirigirse hoy Felisa al tajo la salieron al encuentro la Pelada y la Gravada. Como anteayer la habían amenazado con raparla al cero, la acompañaba yo. Al vernos, la Pelada avanzó hacia mi hermana y le disparó a boca jarro esta villanía: «A tí te han dado trabajo, porque eres una hija de la gran sota; porque eres tan zorra como tu madre y tan descastada como el cabronazo de tu padre.» Yo me le tiré a la víbora al cuello como un tigre y le dije: «Ahora mismo me explicas eso que babeaste o te arranco de cuajo la lengua.» ¡Anda, el moco-

so!—clamaron las dos harpías—. ¿No has visto entrar nunca al encargado en el cuarto de tu hermana? ¿No sabes que es su querida, como antes lo fué tu madre? ¿No sabes que hicieron sereno a tu padre para que el encargado pudiera acostarse tranquilamente primero con tu madre y luego con tu hermana? ¡Ja, ja, ja!»

—¡San Dios!

—¿Me deja volcar el corazón por los ojos?

—No llores. Los hombres no lloran.

—Me ahoga la infamia que me circunda. ¿De quién soy hijo yo, si puede saberse?

—¿Qué más da? Todas hacen lo mismo. Cualquiera sabe quién nos engendró. Prosigue.

—No dejé entrar a Felisa en la fábrica. La mitad de su pelo se lo llevaron las gorgonas. La otra mitad se la arranqué yo. Reuní en casa consejo de familia y exigí una declaración categórica sobre las imputaciones, que yo aún consideraba falsas, de la Pelada y la Gravada. Tomó la palabra mi madre, y la frialdad con que se expresó me heló de espanto. «¿Qué quieres, che?—dijo—. Nunca han trabajado en esta tierra las mujeres en otras condiciones. El amo es el amo. Y nosotras, su presa. Si sois esclavos los hombres, ¿cómo no lo hemos de ser las mujeres? Quien manda, manda. Tienes el trasero alqui-

lado y te has de someter. Y dar cuanto apetecen, dejarles que se abrevén en tu sangre, darles lo que te piden. Si no, no hay trabajo ni pan para los hijos. Antes que la miseria, la muerte, la deshonra.»

—Y, a lo mejor, esa Mater Dolorosa tiene razón.

—¿Qué dice usted? Morir es mejor. ¿Cómo hay tanta vileza en la vida? Yo me asfixio. El aire que trago está emponzoñado. Se masca la podredumbre.

—Ven a mi seno y descansa, hijo mío.

—Voy a ingresar en el Sindicato Unico.

—No seas majadero. En cuanto te mezcles con la multitud, te perderás en ella, te harás rebaño. ¿Crees a ninguna muchedumbre capaz de vibrar con la intensidad que ahora vibras tú, con la magnífica pasión que a tí te arbola?

—Fundaré un grupo de acción.

—Actúa y acciona tú, si estás resuelto. Y no esperes que los demás se decidan. El individuo es lo que cuenta, no la masa. No es imposible encontrar cinco o seis personas que se entiendan. Pero, mientras las buscas y te pones con ellas de acuerdo, se te pasará la hora y se frustrará la mejor oportunidad. No esperes a nadie. No confíes en nadie. Lánzate a la lucha solo. Contra el mundo entero. Vencerás si no te acoquinas.

—Siento que dentro de mí ruge la cólera de cien leones.

—Para empezar no está mal. Con eso y con una star nueva, se va al fin del mundo.

—¿De dónde saco yo una señorita de esas?

—Quítale a tu padre la que te dí para él. Es indigno de portarla.

—Ya se la ha empeñado.

—Si se vende la hija y la mujer, ¿qué tiene de particular?... Pues desarma un guardia. Pero, espera. Toma la mía. Te la regalo porque eres joven y creo en tí. No la saques sin valor ni la enfundes sin honor.

—Seré digno de don tanpreciado.

—Ten en cuenta, hijo mío, esta máxima y rigete en lo posible por ella: otra justicia que la que tu brazo te haga, en la tierra no verás.

VI

Valle de espanto

Sobre la colonia se desencadenó un terror lívido.

Siempre había sido aquello el valle del pavor. Pero, después de la huelga, el viacrucis proletario se preñó aún más de tragedia.

A la colonia textil, en que la fábrica Ricart es-

taba enclavada, se la llamó de la Concepción, como de costumbre, para hacer servir a la Virgen de tapadera de las marranadas que los hombres hacen aquí bajo.

Una colonia, ya lo dice la misma palabra, es un establecimiento para explotar negros, indios o chinos. Y la colonia lo mismo da que sea industrial, que militar o mercantil. Es una colonia y basta.

La Concepción era una factoría industrial, un presidio fabril, en el que quinientas familias laboriosas penaban, cumplían condena de trabajos forzados, de cadena perpetua.

La colonia Ricart no era un pueblo que tenía una fábrica. Era una fábrica que tenía un pueblo y que, además, lo tenía a sus pies de rodillas.

Era la factoría, más que un pueblo, un campamento de barracas amarradas al suelo y dominadas por un monstruo de mil ojos, que era la fábrica.

A las barracas les llamaban casas baratas. ¡Y ya lo creo que eran baratas! Como que regaladas resultaban caras, pues siempre las habitaban la gripe, el tifus y demás huéspedes indeseables.

En la Concepción no faltaba iglesia, chamizo para bailar las chicas y taberna para emborracharse, garito para jugarse el jornal, puesto de mozos de escuadra y demás elementos indispensables y de pri-

mera necesidad en toda sociedad bien organizada y que de civilizada se precie.

No había, que nosotros sepamos, biblioteca, librería, quiosco de periódicos, sala de conferencias y conciertos, etc., etc. ¿Y para qué los iba a haber, lugares de éstos, si nadie los habría frecuentado?

En la Concepción, el encargado de la fábrica Ricart era el amo hasta del aliento de los colonos. No había allí otro medio de vida que el trabajo en los telares y anexos, y al que la fábrica declaraba el boicot, ya se podía mandar mudar.

El encargado de la Concepción era un chulazo, a quien decían de mote «El Pigat», por una peca con pelos muy largos y rizados que tenía en una mejilla.

El del lunar había formado parte de las bandas de asesinos a sueldo de Martínez Anido en Barcelona.

La Patronal del Arte Fabril y Textil le había pagado al «Pigat» sus relevantes servicios con la prebenda que ahora disfrutaba.

El Pigat era el sultán de la colonia, porque Ricart—el patrón—raras veces asomaba la trompa por su feudo. Dejaba que el otro gallo del corral le sacase los huevos del ponedor y le mantuviese el orden en el gallinero.

En la Concepción, para dormir tranquilo, había que estar bien con el Pigat, con el cura y con el cabo de los mozos de escuadra.

En realidad, el que se había conciliado a Dios, que era el primero, no necesitaba para nada el favor de los santos.

Trabajando doce horas como un perro, votando a Cambó y dejándose acariciar la hija o la mujer, si eran guapas, estaban asegurados los catorce reales cada día hasta que uno se volvía viejo y no tenía más de sí que dar.

En la Concepción se explotaba a mujeres y niños inicuamente. Allí no regían horarios, tarifas ni leyes protectoras del obrero. En la colonia el ministro del Trabajo y el presidente del Consejo de ministros era el Pigat.

A los doce años entraban los niños a trabajar en la fábrica con jornadas de doce horas y «jornal» de doce reales... a la semana.

Niñas, que lo eran aun fisiológicamente, trabajaban en el turno de noche, y antes de que la pubertad alboreara en ellas se las violaba en un ribazo o en un cañar.

Alguna escapaba en tan temprana edad al sacrificio de su doncelléz.

A éstas el Pigat las iba a embestir en ausencia o

presencia de su padre, a su propia casa. Y si la aventura tenía consecuencias, en seguida se encontraba un tonto que reparaba la avería y hacía de editor responsable.

VII

Juego sucio, fullería

La huelga en la Concepción no estalló para defender salarios o vindicar la dignidad hollada de los obreros.

La chusma que trabajaba en la colonia era incapaz de esa rebeldía y de esas delicadezas. La podían pisar sin cuidado, como uva. La podían prensar, como orujo. No se rebelaría.

El Pigat conocía a sus borregos, los tenía bien escogidos, y si uno hubiera con agallas para plantar cara al cómitre, éste lo hubiera hecho matar a palos por los mozos de escuadra. El mismo le hubiera pateado la jeta indecente y le hubiera desfigurado y deshecho el físico a taconazos.

La huelga la provocó y la sostuvo el tiempo que le convino, la dirección de la fábrica, con un doble fin, a saber: con objeto de salvar una crisis aguda de producción y para renovar los equipos y los cua-

dros de personal, soltando el lastre inútil y abandonando el material humano que se había oxidado. Ni más ni menos, ni menos ni más. Todo lo que el gobernador declaró y la Prensa dijo, fué camama pura.

Para esto sólo se mantuvo medio año en jaque a la gente, se la extenuó de hambre, y únicamente cuando interesó al bolsillo de Ricart, se puso de nuevo en movimiento los motores y se empezó a lanzar metros y kilómetros de tela al mercado.

VIII

El descubrimiento de sí mismo

Pablín se dió vagamente cuenta de esta siniestra maniobra patronal. Lo que no comprendía, lo admiraba, lo presentía, lo sentía.

Para alimentar no obstante la hoguera inextinguible de su odio, bastaba el combustible que a ella habían arrojado la Felada y la Gravada. ¿Cómo podía él imaginar aquellos horrores? El corazón se le subía al cuello y lo estrangulaba, lo ahogaba materialmente.

Por si faltase algo para encender su sangre, ahí estaba el saldo de vejestorios, el montón de carne

inútil, los restos de naufragio que la tormenta había dejado abandonados sobre la playa inhóspita. El capitalismo no tiene entrañas, no tiene conciencia.

A Pablín, aquellos meses de lucha lo habían hecho hombre, le habían dado una experiencia de siglos. Lo envejecieron casi y le hicieron salir canas en el alma.

Lo había improvisado moralmente hombre la lucha, como físicamente le había adelantado la madurez viril la libertad de la calle. Otra escuela útil, otra educación, mejor educación que esa, no hay. O no se ha descubierto hasta ahora.

Y ya tenemos al hombrecito hecho y derecho. A ver qué va a dar de sí.

IX

**Con «tabaco» en la «pipa»
me fumo el mundo :-: :-:**

Un viernes, por la tarde, subía una tartana por la carretera que unía la colonia con la ciudad.

En el modesto carruaje viajaba con el conductor solamente el pagador de la fábrica, quincuagenario culón, honrado hasta la estupidez, con hemorroides en el ano y en el entendimiento.

Al día siguiente había que abonar el jornal semanal a los mil quinientos obreros de la colonia, y el pagador había ido al Banco por los fondos, por las bellotas de la piara, como canallescamente decía el Pigat.

No eran sólo esas cantidades las que se tenían que satisfacer, sino otras también importantes, procedentes de unas obras que se habían hecho en la fábrica durante la huelga, y de otras pequeñas deudas que aún se hallaban en descubierto y que nunca se tuvo prisa en cancelar.

En fin, que la suma que el jaco dichoso aquel arrastraba y traía a su cola no bajaría de veinte mil duros. Con este platal ocho días, a una tribu miserable se la hacía feliz.

La carretera ascendía en cuesta pronunciada y la caballería superaba la pendiente con parsimoniosa lentitud. La noche se echaba encima. Los árboles se dormían de pie. Las lomas se quedaban extáticas. La naturaleza entera se aletargaba, arropada en sombra.

Llegamos a un recodo. El carricoche se interna en un seno de la montaña, se sume y casi entierra en él y apenas alcanza el relieve de una oruga, de una verruga.

Rápidamente, de un matorral en que está embos-

cado, salta un mozalbete al camino, agarra la bestia de las riendas e intima imperioso, inapelable:

—¡Alto! Venga el saco en seguida.

Conato de resistencia.

¡Pum! ¡Pum! Dos tiros, dos cadáveres. Dos almas que pasaron a mejor vida sin decir ¡ay!

El doncel levanta uno de los asientos del vehículo, coge el talego de los billetes, que pesa poco y no hace bulto, pega un estacazo al trotón y... ¡Apa! ¡Buenas! Memorias a la familia del señor Ricart.

En un santiamén desaparece el bandido en el monte. En un hoyo cavado «ad hoc» sepulta sigilosamente el tesoro y... hasta luego. No hay que ir a América para hacer suerte. América está a la vuelta de la esquina.

Pablín paseaba a los diez minutos por la plaza de la colonia. Aún no se conocía la tragedia de la carretera. Cuando se supo, toda la gente salió para ella.

El clamor del gentío era unánime.

—Han sido atracadores de Barcelona. ¡Qué golpe maestro! Son unos artistas. Esos sí que han sabido hacerlo bien. ¡Cualquiera trabaja!

X

Dios de vindicta

La misma noche del robo, a la hora escasa de consumado éste.

El patrón ha sido advertido telefónicamente de lo que ocurre. Le han desvalijado al cajero y le han apagado para siempre el sol al fiel guardián. «Requiescat in pace. Amén.»

El señor Ricart, que por nadie se molesta, al saber que le han pegado un mordisco de veinte mil duros en el chaleco, brinca en su magnífico Hispano de ocho cilindros y ¡a la colonia! Lanzada en cuarta la máquina celerosa, le parece que devora pocas leguas aún.

La muerte de su empleado y del tartanero no le preocupa lo más mínimo al señor Ricart. Las cien mil pelas son las que le duelen, las que le han abierto en el alma otras tantas sangrantes heridas.

Por ellas va volando a la fábrica. A la fábrica, que no visitó durante la huelga, cuando sus esclavos reventaban de hambre y los mozos de escuadra los flagelaban con un vergajo, atados a una silla.

El señor Ricart no siente remordimientos. Sabe que el dinero no lo recobra. A dinero ido, ¡adiós! La turba servil repondrá la suma en el Banco en una semana.

Pero el crimen no puede quedar impune. Culpables o inocentes, hay que ahorcar a una docena.

Y a eso va el famoso capitán de industria, el alto barón del algodón a su feudo: a excitar la natural ferocidad de los mozos de escuadra.

Le acompaña su infalible Pigat, que disparó a Barcelona, a darle el primero el pésame por tan sensible desgracia.

La sensible desgracia es la volatilización de los veinte mil consabidos laureanos. El Pigat piensa un poco tarde que el negocio se le pudo ocurrir a él.

En alas del Hispano, salvan la breve distancia en contados minutos.

Suben la cuesta fatídica como una exhalación. No se detienen en el lugar del suceso. ¿Para qué? ¿Les van a devolver los cuartos? De resucitar a los muertos no se habla. La justicia mirará si ha quedado en el terreno alguna huella.

Nosotros, a lo nuestro. ¡A la colonia! Después del ascenso viene el descenso.

La carrera del auto es vertiginosa. A la derecha del camino está el talud. A la izquierda, un precipicio, con el río rugiendo abajo.

Un patinazo, un pinchazo, los lanzaría al vacío irremisiblemente.

Un momento que se descuidara el chófer y la catástrofe sobrevendría tremenda.

Pero no se distraerá. Los potentes faros eléctricos le alumbran la difícil ruta.

El declive ahora es más acusado. Ya se divisa la colonia. He ahí el vasto dominio industrial de este señor.

Sonando con tal riqueza, el chófer no ha visto un hilo de acero—no lo podía realmente ver—tendido diagonalmente de un lado a otro de la carretera y atado al tronco de dos robles añosos. Como por un tobogán, el coche soberbio, con los traseros preciosos que lo ocupaban, se ha deslizado al abismo; ha resbalado sin violencia, sin choque, como por encebada pista; como llevado de la mano, se ha hundido en la nada.

¡Cataplum! Millones, lujuria, orgullo, ristra de los pecados capitales toda, ¡al despeñadero! Las aguas hierven en el fondo un instante y se tragan aquel montón de esceleratez.

Una sombra lampiña corta el cable en el acto y se esfuma invisible en la noche.

Ha quedado restablecida la circulación. Justicia ha sido hecha.

ÍNDICE

	<u>Página</u>
I.—Un hombrecito.....	3
II.—Otras líneas de la fisonomía del «andova»	7
III.—El padrino del nene.....	10
IV.—Florero de virtud.....	13
V.—Mi dama y mi «pipa».....	15
VI.—Valle de espanto.....	20
VII.—Juego sucio, fullería.....	24
VIII.—El descubrimiento de sí mismo.....	25
IX.—Con «tabaco» en la «pipa» me fumo el mundo	26
X.—Dios de vindicta.....	29

Obispos, curas y beatas de cruz al pecho se han revolucionado desde que ha aparecido la

Biblioteca de los sin Dios

la colección más sensacional de folletos anticlericales.

El culto escritor AUGUSTO VIVERO, con su pluma aguda en la ironía, atrevida en los rasgos, tajante en estos terrenos, nos revela en la

Biblioteca de los sin Dios

todas cuantas mentes convencionales encierra la enorme farsa que los explotadores del cristianismo denominan Religión.

Todos los que os resistís a comulgar con las ruedas de molino que quieren hacernos tragar los religiosos, debéis leer estos folletos.

25 céntimos

artísticas portadas, inmejorable presentación.

He aquí algunos títulos de la

Biblioteca de los sin Dios

Jesucristo, mala persona.

Las alegres abuelas de Jesucristo.

¡Eso de las hostias!

La absurda virginidad de María.

Jesús, homosexual.

Ayuntamiento de Madrid